CAPÍTULO 7

LA VIOLENCIA DOMÉSTICA: REPERCUSIONES EN LOS HIJOS

Dolores Seijo Martínez

Universidad de Santiago de Compostela

Francisca Fariña Rivera

Universidad de Vigo

Ramón Arce Fernández

Universidad de Santiago de Compostela

1. INTRODUCCIÓN

La violencia doméstica, especialmente la ejercida sobre la mujer, se ha convertido en uno de los problemas con mayor saliencia social, y de carácter globalizado. Así, en Europa, 1 de cada 4 mujeres experimenta alguna forma de violencia de género (Consejo de Europa, 2002). En nuestro país, según datos del Instituto de la Mujer, en el año 2007, el número de denuncias presentadas ante las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad por malos tratos a mujeres, producidos por su pareja o expareja, fue de 63.347 (frente a 10.902 a hombres). Sin embargo, esta cifra, si bien alta, se encuentra lejos de la real, al estimarse que más del 70% de los casos de violencia familiar no son detectados (Siendones, Perea, Arjona, Aguera,

Rubio y Molina, 2002). Las estadísticas que se manejan en Estados Unidos, son también desoladoras, anualmente 5,3 millones de mujeres son víctimas de situaciones de violencia de género (Tjaden y Thoennes, 2000). Pero estos datos desatienden a otras víctimas directas de la violencia familiar, las hijas e hijos que son testigos de la misma. En este sentido, McCloskey y Walter (2000) mantienen que entre un 20 y un 25 por ciento de los niños en edad escolar han visto a sus progenitores pegarse o agredirse en alguna ocasión. Igualmente, Cawson (2002) concreta que el 26% de los jóvenes de Reino Unido han vivido alguna escena de violencia familiar, y un 5% de ellos de forma cronificada. En Estados Unidos, Tolman y Edelson (1995) advertían que, entre 3 y 10 millones de niños, se encontraban expuestos a este tipo de situaciones; más recientemente y con mayor precisión, Farnós y Sanmartín (2005) afirman que son alrededor de 3.3 millones. En España, el Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia (2007) determina que, al menos, el 10.14% de los asesinatos por violencia de género, cometidos en el 2006, se realizaron en presencia de los hijos.

Esta terrorífica realidad presenta como necesario atender a las consecuencias que la violencia doméstica provoca en los hijos, al perjudicar el funcionamiento del niño a todos los niveles, social, psicológico, emocional, y comportamental (Sani, 2007; Wolfe, 1997) afectando de forma altamente negativa a su bienestar y su desarrollo, con secuelas a largo plazo que incluso pueden llegar a trasmitirse a través de sucesivas generaciones (Sepúlveda, 2006).

Antes de centrarnos en las repercusiones que la violencia familiar genera en los hijos, debemos de advertir que la investigación en esta área tiene importantes limitaciones y dificultades (Alaggia, Jenney, Mazzuca, y Redmond, 2007; Fowler y

Chanmugam, 2007; Olaya, Tarragona, de la Osa y Ezpeleta, 2008), que pueden afectar a los resultados de las mismas. Por una parte, las limitaciones vienen dadas a nivel teórico y conceptual, por carecer muchos de los estudios de un modelo teórico fuerte. Igualmente, numerosas investigaciones no diferencian las distintas formas de abuso que pueden coexistir, pese a que la concurrencia entre maltrato infantil y violencia de género es elevada (Fantuzzo, Boruch, Beriama, Atkins y Marcus, 1997; Moffit y Caspi, 1998) estableciéndose hasta en un 60% (Edleson, 1999). Además, se han evidenciado diferentes limitaciones a nivel metodológico, a saber: en los instrumentos de medida empleados, en el reclutamiento de la muestra, en la definición de la variable dependiente, en el uso de técnicas estadísticas. Por otra parte, la investigación en este campo se encuentra con el obstáculo para acceder a la muestra, debido a la privacidad y la intimidad en la que tiene lugar este tipo de violencia. Este hecho alimenta el sesgo y la distorsión que puede presentar la información que dan las personas afectadas, que suelen vivir la violencia intrafamiliar con secretismo y sentimientos de culpa y vergüenza que dificulta la obtención de indicadores precisos acerca de su prevalencia, características y consecuencias (Medina, 2002). Finalmente, debemos subrayar que la resiliencia del niño también puede mediar el impacto de la violencia doméstica en ellos, y, sin embargo, tampoco se tiene en cuenta.

2. EXPOSICIÓN A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA: EFECTOS Y CONSECUENCIAS EN LOS HIJOS

Sin duda, para todo hijo vivir en un hogar en el que existe violencia familiar supone una experiencia traumática, que resulta nociva para su sano desarrollo integral. Estas vivencias afectan holísticamente a su persona, con repercusiones difíciles de delimitar de forma categórica; sin embargo, con la finalidad de lograr mayor pragmatismo y esquematización, se presenta aconsejable agruparlas en categorías. Algunos autores (v.gr., Cummings y Davies, 1994; Fowler y Chanmugam, 2007; Jacobus, 2005; Margolin, 1998) las subdividieron en sintomatología internalizante (p.e., ansiedad, depresión, miedo, vergüenza, sentimientos de rabia, de culpa) y externalizante (p.e., conducta agresiva y antisocial, fracaso escolar). En este capítulo se abordarán en tres áreas, a saber: consecuencias psicoemocionales, físicas y conductuales.

2.1. CONSECUENCIAS FÍSICAS

La investigación con niños que han estado expuestos a violencia doméstica informa que presentan más trastornos somáticos (Rossman y Rosenberg, 1992), como dolores de cabeza, estómago (Edleson, 1999; Jaffe, Crooks y Wolfe, 2003), asma, nauseas, diarrea (Lehmann, 2000). Igualmente, algunos autores (p.e., El-Sheikh, Harger y Whitson, 2001; Katz, 2001; Mohr y Fantuzzo, 2000) informan de diferencias en las respuestas fisiológicas, a saber: incremento de la tasa cardíaca y de la presión sanguínea, alteraciones en la actividad eléctrica de la piel. Debemos precisar, que todas estas reacciones físicas son predictores importantes de enfermedad crónica (El-Sheikh, Harger y Whitson, 2001), a lo que hay que añadir que en algunos casos los trastornos diagnosticados son calificados de severos (Jaffe, Wolfe y Wilson, 1990; Khan, 2000;

Vaccarezza, 2007) tales como retraso en el crecimiento y el peso, alteraciones en el sueño y alimentación, o disminución de habilidades motoras (Jaffe, Wolfe y Wilson, 1990; Ravetllat, 2007). También de carácter alarmante son los resultados de la investigación de Perry (1997) en la que se constata que la exposición a la violencia, de niños de corta edad, produce cambios negativos permanentes en el cerebro y en el desarrollo del sistema nervioso.

2.2. CONSECUENCIAS PSICOEMOCIONALES

Uno de los efectos psicopatológicos en los menores, que mayor interés ha generado, como consecuencia de la exposición a situaciones violentas en la familia, es la presencia de estrés postraumático. De este modo, algunos autores (p.e., Davies, 2005; Dowling y Gorell, 2008; Jacobus, 2005; Kitzman et al., 2003; Margolin y Vickerman, 2007; Ravetllat, 2007; Rossman, 1998; Sepúlveda, 2006; Singer, Miller, Guo, Slovak y Frierson, 1998; Sternberg et al, 2006) establecen que provoca sintomatología relacionada con el estrés postraumático, como insomnio, pesadillas, fobias, ansiedad, trastornos disociativos y síntomas depresivos (llanto, tristeza o aislamiento). Lehmann (2000), tras una revisión de 34 investigaciones empíricas, precisó que estos niños están en riesgo de desarrollar sintomatología propia del estrés postraumático. Igualmente, un estudio realizado por Graham-Bermann y Levendosky (1998) concluye que el 13% de los menores expuesto a la violencia de género fueron diagnosticados de un trastorno de estrés postraumático, y la gran mayoría de ellos presentaba algún subsíndrome de éste. Así, el 52% cumplía el Criterio B (reexperimentación), el 19 % el Criterio C (evitación),

y el 42% el criterio D (aumento de la activación). Por otra parte, Lechmann (1996) encontró en una muestra de hijos de mujeres maltratadas, que el 56% de ellos cumplía los criterios de diagnóstico del desorden de estrés postraumático. En esta dirección, Pedreira (2003) detectó que en el 60% de las consultas psiquiátricas infantiles estaba presente la violencia familiar, bien de forma directa o como testigos, y en todos ellos aparecía el diagnóstico de trastorno por estrés postraumático. Pero, por contra, otros autores, como Wolfe et al. (2003), consideran que, aunque se observa cierto apoyo empírico, éste no es suficiente para concluir la existencia de una relación entre la exposición a violencia doméstica y la manifestación de estrés postraumático. A nuestro entender, probablemente quepa la consideración de que la edad de los menores así como su propia capacidad cognitiva y resiliencia puedan estar mediando, entre otras variables, el desarrollo de estrés postraumático o sintomatología relacionada con él. Bajo esta misma consideración, algunos niños no sufren problemas clínicos significativos, mientras que otros sí lo hacen (Edleson, 1999; Grych, Jouriles, Swank, McDonald, y Norwood, 2000; Hughes, Graham-Bermann, y Gruber, 2001; Jaffe y otros, 2003). Al margen de estas disquisiciones cabe afirmar que la exposición de los menores a la violencia doméstica impiden un desarrollo normal a lo largo de la infancia y sitúa al niño en riesgo de desarrollar problemas psicológicos (Olaya y otros, 2008) y psiquiátricos (Cichetti y Coth, 1997; Vaccarezza, 2007). En esta línea, McDonald y Jourilés (1991) informan que entre el 25 y el 70% de los menores que viven la violencia familiar presentan problemas clínicos. Por su parte, Cantón y Cortés (2000) sostienen que los hijos de mujeres maltratadas presentan mayor propensión (cuatro veces más) a desarrollar alguna patología severa.

Por otro lado, también se han encontrado alteraciones emocionales relacionadas con el desarrollo afectivo de estos niños y adolescentes, y una mayor dificultad de expresión y manejo de las emociones (Ravetllat, 2007), de forma genérica se puede afirmar que su equilibrio emocional está en peligro (Fariña, Villar y Suárez, 2004). Los jóvenes pueden experimentar rabia y frustración (Jaffe y otros, 1990), también vergüenza; los que tienen menos edad inseguridad, culpa, vergüenza, tristeza, miedo (Sani, 2002; Sudermann y Jaffe, 1999). En cuanto al miedo, Lehmann (2000) informó que los hijos que viven en hogares en los que existe violencia doméstica padecen numerosos miedos, entre los que destaca, miedo a la oscuridad, a dormir solo, a perder el control, a las armas. El miedo y la inseguridad les provocan un estado continuo de alerta, con niveles elevados de reactividad emocional, que impide regular las emociones de forma eficaz, con graves perjuicios a nivel cognitivo y conductual.

A nivel cognitivo, se ha detectado que los niños que viven en hogares en los que existe violencia doméstica presentan baja autoestima, y atribuciones de autoculpabilidad sobre la violencia (Edleson, 1999; Jaffe y otros, 1990, 2003; Margolin, 1998), tendencia a presentar atribuciones causales externas (Hughes, 1997), disminución de la capacidad empática (Margolin y Gordis, 2000; Rossman, 1998; Sepúlveda, 2006), escasa tolerancia a la frustración (Sepúlveda, 2006), dificultades relacionadas con las estrategias de pensamiento y de resolución de problemas. En cuanto a esto último, Adamson y Thompson (1998) encontraron que estos menores ante un problema tienden a no afrontarlo y a utilizar la agresión como medio para resolverlo. Leitenberg, Gibson y Novy (2004) concluyen que estos menores presentan estrategias de afrontamiento desadaptativas, tales como pensamiento ilusorio, evitación de problemas, retraimiento social, comportamiento auto-crítico; además, como precisan Ornduff y Monahan

(1999), tienden a utilizar, en general, métodos caracterizados por falta de compromiso en oposición a aquellos orientados al problema.

2.3. CONSECUENCIAS CONDUCTUALES

De forma genérica se puede establecer que la exposición a la violencia doméstica provoca problemas comportamentales y de autocontrol (Sepúlveda, 2006; Spaccarelli, Coatsworth y Bowden, 1995), favoreciendo la perpetración de la violencia hacia los demás (Cummings, 1998; McGee, 2000; Moffit y Caspi, 1998), aunque también puede desarrollar conductas de inhibición. Ambas posibilidades son factibles no sólo en el hogar, sino en otros contextos. Así, en la escuela, estos menores pueden exhibir comportamientos de inhibición o, por el contrario, de agresividad hacia los compañeros; derivando, en la mayoría de los casos, en problemas de integración en el ámbito escolar (Ravetllat, 2007). A ello se añade que, en numerosas ocasiones, de forma concomitante a la violencia familiar, se producen en los niños alteraciones de la capacidad atencional, de memoria y de concentración (Edleson, 1999; Sani, 2002) que suelen ir acompañadas de ausentismo y absentismo escolar; provocando, casi inexorablemente, una disminución generalizada del rendimiento académico o fracaso escolar (Davies, 2005; Edleson, 1999; Jacobus, 2005; Jaffe y otros, 2003; Kitzman et al, 2003; Ravetllat, 2007; Rossman, 1998; Sepúlveda, 2006; Sternberg et al, 2006, Wolfe et al, 2003). Además, es común que estos niños presenten baja competencia social y dificultades para establecer relaciones sociales (Davies, 2005; Jacobus, 2005; Kitzman et al, 2003; Magen, 1999; Margolin y Gordis, 2000; Sternberg et al., 2006; Wolfe et al.,

2003). También, y altamente relacionado con esto, suelen ser menos sensibles en las relaciones interpersonales, con más dificultades para interpretar las expresiones faciales (Margolin y Gordis, 2000) y, como ya se ha mentado, con déficit de empatía (Margolin y Gordis, 2000; Rossman, 1998; Sepúlveda, 2006); con tendencia a la desconfianza, inseguridad, interpretación de forma hostil la conducta de los demás, con limitaciones a la hora de interpretar las claves sociales, falta de habilidades de resolución de problemas sociales y de conflictos (Edleson, 1999; Jaffe y otros, 2003; Lynch y Cichetti, 1991; Sepúlveda, 2006). Todo lo cual motiva que los demás tomen hacia ellos una actitud reactante, bien de enfrentamiento o de exclusión, que puede, a su vez, provocarles sentimientos de rechazo (Sudermann y Jaffe, 1999). Como colofón, estos niños tienen mayor probabilidad de llevar a cabo comportamientos antisociales (Baldry, 2007; Maker, Kemmelmeir y Peterson, 1998; Spaccarelli, Coatsworth y Bowden, 1995).

Por otra parte, la exposición a la violencia familiar puede provocar, especialmente en los niños de corta edad, un proceso involutivo; siendo las conductas regresivas más comunes la enuresis y encopresis (Ravetllat, 2007), y los retrocesos a nivel de lenguaje. Por el contrario, especialmente en los preadolescentes y adolescentes, puede producirse la parentificación. En este caso, el menor asume roles parentales y protectores hacia la madre (Jaffe y Geffner, 1998; Ravetllat, 2007; Sepúlveda, 2006), que no le corresponden ni por su edad, ni por su condición de hijo.

3. FACTORES MEDIADORES EN LOS EFECTOS DE LA EXPOSICIÓN DE LOS MENORES A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA.

Los resultados de la investigación no permiten determinar fehacientemente los factores de riesgo y de protección que median en los efectos de la exposición a la violencia familiar en los menores (Fowler y Chanmugam, 2007). No obstante, cabe destacar las variables que han mostrado mayor relación con las repercusiones en los hijos de la violencia en el hogar, que seguidamente exponemos.

El género, la mayoría de los estudios no hallaron diferencias significativas entre niñas y niños respecto al desarrollo de sintomatología internalizante y externalizante (Jacobus, 2005; Kitzmann et al., 2003; Sternberg et al., 2003; Wolfe et al., 2003). Sin embargo, Dowling y Gorell (2008) sostienen que los efectos de la violencia doméstica en los menores son diferentes en función de la edad, género y nivel de formación de la familia. Así, informan que cuando la víctima y el maltratador mantienen la convivencia las hijas se encuentran en una situación de mayor riesgo que los hijos, mientras que en contextos postdivorcio la tendencia se invierte. En la misma línea, Davies (2005) halló que los niños, más que las niñas, exhiben síntomas externalizantes como consecuencia de la exposición a la violencia de género. Sin embargo, Holden y Ritchie (1991) encontraron más problemas internos en las niñas que en los niños.

La edad, las repercusiones que la violencia familiar en los hijos se encuentra mediada por el período evolutivo en el que se hallen (Dowling y Gorell, 2008; Sepúlveda, 2006). En una investigación realizada por Sternberg y otros (2006), en la que dividieron los rangos de edades de los niños en tres grupos (de 4 a 6 años; de 7 a 9 años, y de 10 a 14 años), obtuvieron que en la manifestación de síntomas externalizantes los dos grupos de más edad tienen menos probabilidades de sufrir consecuencias negativas que el grupo de menor edad. Sin embargo, en síntomas internalizantes, los dos grupos de más edad tienen mayor probabilidad de sufrir

manifestaciones negativas que los de menor edad. Por su parte, Holden y Ritchie (1991), en un estudio con niños entre 2 y 8 años de edad, hallaron que los de más edad tenían más problemas internos y externos.

Otro factor mediador del nivel de ajuste de los menores es el nivel de estrés de la madre (Graham-Bermann y Hughes, 2003; Wolfe, Jaffe, Wilson y Zak, 1985). Las mujeres maltratadas se hallan constantemente en alerta para defenderse, a ellas y a sus hijos, de las agresiones físicas y psicológicas, que el maltratador pueda realizar (Holden, Stein, Ritchie, Harris y Jouriles, 1998); viven bajo una situación de estrés continuado que afecta negativamente al apoyo emocional que ofrecen a sus hijos (Huth-Bocks, Levendosky y Semen, 2001) y a la supervisión que ejercen sobre ellos; que en ocasiones puede alcanzar el grado de abandono emocional y físico (Antle y otros, 2007; Hartley, 2002; Sepúlveda, 2006).

Debemos señalar que la tendencia es que la frecuencia y la intensidad de la violencia covaríen. Los primeros episodios violentos suelen ser de menor intensidad y con una mayor carencia pero, con el paso del tiempo, la frecuencia y la intensidad van in crescendo. Diferentes autores han establecido que la frecuencia de la exposición a la violencia influye en el nivel de afectación en los hijos (Davies y Cummings, 1994) cuando se trata de un proceso cronificado los niveles de desajustes son mayores (Fowler y Chanmugam, 2007). De esta manera, un estudio llevado a cabo con niños entre 8 y 14 años encontró que la frecuencia de la exposición contribuye a la severidad de los efectos negativos, especialmente en sintomatología internalizante (Grych, et al, 2000). Igualmente, a mayor intensidad de la violencia repercusiones más graves en los hijos.

Entre los factores de protección de los efectos negativos de la exposición a la violencia familiar no podemos olvidar la resiliencia o capacidad del menor para

adaptarse correctamente a su entorno. Entre las características del niño que ayudan a desarrollar esta resistencia se encuentran la suficiente capacidad cognitiva, la adecuada autoestima, las afiliaciones religiosas, buena situación socioeconómica y una red social competente (Osofsky, 1999) así como un estilo atribucional adaptativo.

Por otro lado, las reacciones psicológicas al trauma de la violencia familiar son más o menos intensas en función del apoyo social disponible y, en especial, de la percepción que del mismo tienen los menores (Osofsky, 1999). La presencia de una figura adulta competente y una buena relación con ella es el factor protector más importante para prevenir que surjan problemas en estos niños. Sin embargo, en las familias que se produce violencia familiar, los hijos suelen tener dificultades para encontrar una persona adulta que le proporcione apoyo social, no en vano, como señalan Wolfe y Korsch (1994, citado en Sani, 2007) el maltratador, como estrategia para evitar que la situación se conozca, aísla a la familia. Así, Antle y otros (2007) sostienen que el apoyo social inadecuado propicia la violencia familiar, a lo que hay que añadir, como ya se ha expuesto, que las madres, por las propias repercusiones del maltrato, no se encuentran en el estado psicoemocional idóneo para proporcionarlo. En esta línea, el National Research Council (1993) identificó el aislamiento social como un factor de riesgo asociado a la negligencia infantil y a la violencia de género.

4. TEORÍAS EXPLICATIVAS DE LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA FAMILIAR EN LOS MENORES

Desde diferentes marcos teóricos se han buscado mecanismos explicativos a las consecuencias de la violencia familiar en los niños. Así, la teoría del aprendizaje social sostiene que la exposición de los niños a la violencia de género provoca la interiorización y aprendizaje de modelos violentos y roles de género erróneos. De este modo, se aprende que la violencia es un instrumento normalizado para la resolución de conflictos, facilitando la perpetuación del ciclo de la violencia en la edad adulta (Kerig y Fedorowicz, 1999; Sepúlveda, 2006), aumentando la predisposición a ser agresor o víctima (Dowling y Gorell, 2008; Olaya y otros; 2008; Ravetllat, 2007; Sroufe y Fleeson, 1988). Igualmente, Salas (2005) encontró, en un estudio sobre los mecanismos de reproducción de la violencia, que las mujeres que habían sido testigos de violencia de sus padres, eran más propensas a unirse con hombres violentos que habían sido socializados en familias en la que existía violencia familiar. Además, la proporción de mujeres que permanecían con sus compañeros violentos era mayor cuando habían presenciado, durante la infancia, altos niveles de violencia entre sus padres. En esta línea, Arce y Fariña aseveran "se encuentra ampliamente demostrado que la violencia de género es un problema educacional,... que se transmite intergeneracionalmente mediante aprendizaje observacional" (INFOCOP, 2008, p.17). Por otra parte, los menores pueden trasladar los patrones sexistas y violentos aprendidos a otros ámbitos de la vida, en los que pueden desempeñar ambos papeles, el de víctima y el de victimario (Sroufe y Fleeson, 1988) con las subsecuentes consecuencias en cada caso.

Otros autores (v. gr., Renner y Slack, 2006; Walker y Browne, 1985) explican las consecuencias de la exposición a la violencia familiar en los menores desde la teoría de la indefensión aprendida. De esta manera, la incapacidad para predecir el momento, el lugar, la intensidad en el que se producirá la violencia; es decir, la incontrolabilidad

de la misma, provocaría estados de indefensión tanto en las víctimas directas, como en las indirectas. Desde esta teoría, los estados de indefensión en los niños pueden producir trastornos psicológicos, principalmente depresivos, así como dañar el sistema inmunológico, socavando el estado de salud física. Igualmente, la indefensión sería la causa por la que muchas mujeres maltratadas no reaccionarían ante el maltrato, manteniendo una convivencia nociva para ellas y para sus hijos. Todo ello con independencia de su formación, éxito profesional y solvencia económica.

La teoría sistémica ha intentado también dar respuesta a las consecuencias que la violencia familiar provoca en los niños, atendiendo fundamentalmente a la disfunción familiar y los estilos educativos empleados. La violencia familiar afecta a las prácticas de crianza de tres formas diferentes. En primer lugar, la violencia suele conllevar estrés en la madre, como ya se ha señalado, éste perjudica considerablemente su función parental (Wolfe, Jaffe, Wilson y Zak, 1985). Esta circunstancia daña enormemente el funcionamiento de la familia, el bienestar y la salud de los cuidadores, y la calidad de la interacción entre los cuidadores y el niño, así como el bienestar y la salud de éste (English, Marshall y Stewart, 2003). En segundo lugar, la agresión y hostilidad expresada hacia la pareja suele reproducirse en la relación con los hijos. Generalmente, la persona violenta también maltrata a los hijos, física o psicológicamente. La investigación establece que un nivel alto de agresión entre los cónyuges suele ir aparejada con violencia elevada hacia los menores (Fincham, Grych y Osborne, 1994). El maltratador, tras un episodio violento con su pareja, difícilmente modifica su estado emocional para interaccionar con los niños, siendo proclive a emplear un repertorio conductual agresivo con estrategias de disciplina negativas, que ineludiblemente originará afectación en el menor. Por último, se encuentra la inconsistencia en la

aplicación de la disciplina, tanto interparental como intraparental. En una familia disfuncional de esta naturaleza, lo habitual es que los progenitores o cuidadores de los niños no consensúen el estilo educativo y las normas que han de cumplir los menores. Cada uno de ellos aplica lo que considera oportuno. Asimismo, tanto el padre como la madre pueden emplear diferentes prácticas de crianza, en función de su propio estado psicoemocional, o, incluso, de la presencia o ausencia del otro progenitor. Este contexto de socialización propicia la manifestación de desórdenes internalizantes y externalizantes en los menores.

Igualmente, se han intentado buscar explicaciones de carácter cognitivoemocional. De forma genérica, éstas asumen que los hijos intentarán evaluar,
comprender y afrontar las situaciones de violencia familiar. La primera fase del
procesamiento de los hechos les alerta de que se trata de un evento importante,
estresante y negativo; motivando un procesamiento más profundo. De forma paralela se
realiza una evaluación afectiva, comúnmente, negativa. La estimación emocional se
encuentra determinada por las vivencias y experiencia previas del menor, su desarrollo
evolutivo, y los propios rasgos de personalidad, así como las particularidades del
suceso. En la segunda fase del procesamiento se intenta comprender la situación, para
ello se realiza un proceso atribucional sobre los hechos, que guía la búsqueda de
estrategias de afrontamiento y las expectativas de éxito de éstas, en función de lo cual
toma la decisión de actuación. Si la respuesta es efectiva disminuye la respuesta
emocional negativa, de ser ineficaz la incrementa. En suma, si las atribuciones que
realizan los menores son disfuncionales y las estrategias de afrontamiento inadecuadas
se producen problemas de inadaptación.

5. CONCLUSIONES.

Las situaciones de violencia en el ámbito familiar tienen consecuencias nefastas a nivel físico, psicoemocional y conductual que afectan de forma significativa a toda la estructura familiar y muy especialmente en los más indefensos, los niños, que desarrollan alteraciones importantes en el ámbito personal, social, familiar y escolar. No en vano, la mayoría de los hijos, cuando existe violencia en la pareja, sufren maltrato directo e indirecto, siendo altamente frecuentes las situaciones de "polivictimación" (Finkelhor, Ormrod, Turnes y Hamby, 2005) en las que la presencia de un tipo de maltrato o victimización aumenta el riesgo de padecer otro. Antle y otros (2007) sugieren que, necesariamente, los trabajadores sociales deben conocer los efectos que este tipo de situaciones generan en los niños. Además, necesariamente, su capacitación ha de incluir el complejo proceso de la violencia familiar. Igualmente, en nuestra opinión, esta formación no se ha de ceñir, exclusivamente, a estos técnicos, sino que debería ser extensible a todos los que trabajan con la infancia y la adolescencia y, de forma especial, a aquellos que por su desempeño laboral se relacionen con este tipo de casos. De esta manera, se incrementa la pericia de los profesionales para detectar las víctimas silenciadas de los casos de violencia que se encuentran ocultos, posibilitando que se inicien las acciones pertinentes, mediante la denuncia. Asimismo, permite ofrecer ayuda directa a las víctimas y a los hijos de éstas, mediante el apoyo social que, como ya se ha expuesto, incide en la minimización de los efectos de la violencia. Sin embargo, dadas las graves repercusiones de la violencia familiar y el complejo entramado cognitivo-emocional-conductual que la sustenta, la superación positiva de estas vivencias requiere una intervención global en todos sus miembros. Ésta ha de ser de carácter clínico en algunos casos, dependiendo de la afectación, y de carácter psicosocioeducativo en todos ellos; en el último capítulo se aborda esta última en los hijos.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Adamson, L. A., y Thompson, R. A. (1998). Coping with interparental verbal conflict by children exposed to spouse abuse and children from nonviolent homes.

 Journal of Family Violence, 13, 213-232.
- Alaggia, R., Jenney, A., Mazzuca, J. y Redmon, M. (2007). In whose best interest? A canadian case study of the impact of child welfare policies in cases of domestic violence. *Brief Treatment and crisis intervention*, *4*, 275-290.
- Antle, B., Barbee, A., Sullivan, D., Yankeelov, P., Johnson, L., y Cunninngham, M. (2007). The relationship between domestic violence and child neglect. *Brief Treatment and crisis intervention*, *4*, 364-382.
- Baldry, A. C. (2007). It does affect me disruptive behaviors in preadolescents. Directly and indirectly, abused at home. *European Psychologist*, *12*, 29-35.
- Cantón, J., y Cortés, M. R. (2000). Función moderadora del género, de la edad del niño y de la dimensión del conflicto. En J. Cantón, M. R. Cortés y M. D. Justicia (Coord.), *Conflictos matrimoniales, divorcio y desarrollo de los hijos*. Madrid: Pirámide.

- Cawson, P. (2002). Child maltreatment in the family: The experience of a National Sample of Youth People. Londres: National Society for the prevention of cruelty to children.
- Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia (2007). *Mujeres asesinadas por su*pareja o ex pareja. [Documento WWW]. URL

 http://www.gva.es/violencia/crs/crs]
- Cichetti, D. y Coth, S. L. (1997). Transactional ecological systems in developmental psychopatology. En S.S. Luthar, J. A. Burack, D. Cichetti, y R. S. Weisz (Eds.), *Devepopmental psychopatology: Perspectives on adjustment, risk and disorder* (pp. 317-349). Nueva York: Cambridge University Press.
- Consejo de Europa (2002) (Visitado 2007, Diciembre 26). Ending violence against woman fact sheet [Documento WWW]. URL [http://www.savingwomenslive.org/factsheet_ending_violence.htm.
- Cummings, E. M. (1998). Children exposed to marital conflict and violence: conceptual and theoretical directions. En G. W. Holden, R. A. Geffner, y E. N. Jouriles (Eds.), *Children exposed to marital violence: theory, research, and applied issues* (pp. 55-93). Washington, DC: American Psychological Association.
- Cummings, E. M., y Davies, P. (1994). *Children and marital conflict: The impact of family dispute on resolution*. Nueva York: Guilford.
- Davies, C. A. (2005). Children exposed to domestic violence: a review and metaanalysis of the empirical research. Dissertation Abstracts International: The sciences &Engineering 66 (6-B):3402.

- Davies, P. T., y Cummings, E. M. (1994). Marital conflict and child adjustment: An emotional security hypothesis. *Psychological Bulletin*, *116*, 387-411.
- Dowling, E., y Gorell, G. (2008). Cómo ayudar a la familia durante la separación y el divorcio. Los cambios en la vida de los hijos. Madrid: Morata.
- Edleson, J. L. (1999). Children's witnessing of adult domestic violence. *Journal of interpersonal violence*, 14, 839-870.
- El-Sheikh, M., Harger, J. y Whitson, S. M. (2001). Exposure to interparental conflict and child adjustment and physical health: the moderating role of vagal tone. *Child Development*, 72, 1617-1636.
- English, D. J., Marshall, D. B., y Stewart, A. J. (2003). Effects of family violence on child behavior and health during early childhood. *Journal of Family Violence*, 18, 43-57.
- Fantuzzo, J. W., Boruch, R., Beriama, A., Atkins, M. y Marcus, S. (1997). Domestic violence and children: prevalence and risk in five major U. S. cities. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36, 116-122.
- Fariña, F., Villar, R. y Suárez, A. (2004). Intervención con familias que sufren violencia doméstica: adquisición de destrezas básicas para aceptar y superar la separación conyugal en maltratados/as. En R. Arce, F. Fariña, M. Novo, A. Egido, J. Ardoino, et G. Berger (Eds.), *La pensé critique en éducation* (pp. 348-361). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

- Farnós, T., y Sanmartín, J. (2005). Menores víctimas de la violencia doméstica. En L.Ezpeleta (Ed.), Factores de riesgo y psicopatología del desarrollo (pp. 257-290).Barcelona: Masson.
- Fincham, F. D., Grych, J. H. y Osborne, L. N. (1994). Does marital conflict cause child maladjustment? Directions and challenges for longitudinal research. *Journal of Family Psychology*, 8, 128-140.
- Finkelhor, D., Ormrod, R. K., Turner, H. A. y Hamby, S. L. (2005). Measuring polyvictimization using the Juvenile Victimization Questionnaire. *Child Abuse and Neglect*, 29, 1297-1312.
- Fowler, D. y Chanmugam, A. (2007). A critical review of quantitative analyses of children exposed to domestic violence: Lessons for practice and research. *Brief Treatment and crisis intervention*, 7 (4), 322-344.
- Graham-Bermann, S. A. y Hughes, H. M. (2003). Interventions for children exposed to interparental violence (IPV): Assessment of needs and research priorities. Clinical Child and Family Psychology Review, 6 (3), 189-204.
- Graham-Bermann, S. A. y Levendosky, A. A. (1998). Traumatic stress symptoms in children of battered women. *Journal of Interpersonal Violence*, 13, 11-128.
- Grych, J. H., Jouriles, E. N., Swank, P. R., McDonald, R. y Norwood, W. D. (2000).
 Patterns of adjustment among children of battered women. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 68, 84-94.

- Hartley, C. C. (2002). The co-ocurrence of child maltreatment and domestic violence: Examining both neglect and child physical abuse. *Child Maltreatment*, 7, 349-358.
- Holden, G. W., Stein, J. D., Ritchie, K. L., Harris, S. D. y Jouriles, E. N. (1998).
 Parenting behaviors and beliefs of battered woman. En G. W. Holden, R.
 Geffner y E. N. Jouriles (Eds.), *Children exposed to marital violence. Theory, research and applied issues* (pp. 293-334). Washington: American Psychological Association.
- Holden, G. y Ritchie, K. (1991). Linking extreme marital discord, child rearing, and child behavior problems: Evidence from battered women. *Child Development*, 62, 311-327.
- Hughes, H. M. (1997). Research concerning children of battered women: Clinical implications. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma, 1*, 225-244.
- Hughes, H. M., Graham-Bermann, S. A. y Gruber, G. (2001). Resilience in children exposed to domestic violence. En S. A. Graham-Bermann, y J. L. Edleson (Eds.), Domestic violence in lives of children: The future of research, intervention and social policy (pp. 67-90). Washinton, DC: American Psychological Association.
- Huth-Bocks, A. C., Levendosky, A. A. y Semen, M. A. (2001). The direct and indirect effects of domestic violence on young children's intellectual functioning. *Journal of Family Violence*, 16, 269-290.
- INFOCOP (2008). Entrevista a Ramón Arce y Francisca Fariña. INFOCOP, 38, 16-18.

- Instituto de la Mujer (2008) (Visualizado 2008, Junio 26). Mujeres muertas por violencia de género a manos de su pareja o expareja (1999-actualidad)

 [Documento WWW]. URL

 http://www.mtas.es/MUJER/mujeres/cifras/index.htm
- Jacobus, L. L. (2005). The effects of exposure to domestic violence on child outcomes: A meta-analysis. Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering, 65 (12-B), 6707.
- Jaffe, P. G., Crooks, C. V. y Wolfe, D. A. (2003).Legal and policy responses to children exposed to domestic violence: the need to evaluate entended and unintended consequences. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 6, 205-213.
- Jaffe, P. G., Wolfe, D. A. y Wilson, S. K. (1990). Children of battered women.
 Developmental Clinical Psychology and Psychiatry, 21. Publicaciones Sage.
- Jaffe, P. y Geffner, R. (1998). Child custody disputes and domestic violence: Critical issues for mental health, social service, and legal professionals. In G. Holden, R. Geffner, y E. Jouriles (Eds.), *Children exposed to marital violence: Theory, research, and applied issues* (pp. 371-408). Washington, DC: American Psychological Association.
- Katz, L. F. (2001). Physiological processes as mediators of impact of marital conflict on children. En J. H. Grych and F. D. Finchman (Eds.), *Interparental conflict and child development* (pp. 188-212). Cambridge: Cambridge Press.

- Kerig, P. K. y Fedorowincz, A. E. (1999). Assessing maltreatment of children of battered women: Methodological and ethical considerations. *Child maltreatment*, 4, 103-115.
- Khan, M. (2000). La violencia doméstica contra mujeres y niñas. *Innocent Digest*, 6. UNICEF.
- Kitzmann, K. M., Gaylord, N. K., Hiolt, A. R. y Kenny, E. D. (2003). Child witnesses to domestic violence: A meta-analytic review. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 339-352.
- Lechmann, B. (1996). *The development of posttraumaticstress disorder (PTSD) in a sample of child witnesses to mother-assault*. Póster presentado en el First Annual Conference on Children Exposed to Family Violence, Austen, TX.
- Lehmann, P. (2000). Postraumatic stress disorder (PTSD) and child witness to mother-assault: a summary and review. *Children and Youth Services Review*, 22 (3/4), 275-306.
- Leitenberg, H., Gibson, L. E. y Novy, P. L. (2004). Individual differences among undergraduate women in methods of coping with stressful events: The impact of accumulative childhood stressors and abuse. *Child Abuse and Neglect*, 28, 181-192.
- Lynch, M., y Cichetti, D. (1991). Patterns of relatedness in maltreatment and nonmaltreatment children: Connections among multiple representational models. Development and Psychopathology, 3, 207-226.

- Magen, R. H. (1999). In the best interest of battered women: Reconceptualizing allegations of failure to protect. *Child Maltreatment*, *4*, 127-135.
- Maker, A. H., Kemmelmeir, M. y Peterson, C. (1998). Long-term psychological consequences in women witnessing parental physical conflict and experiencing abuse in childhood. *Journal of Interpersonal Violence*, *13*, 574-589.
- Margolin, G. (1998). Effects of domestic violence on children. En P. K. Trickett y C. J. Schellenbach (Eds.), Violence against children in the family and community (pp. 57-101). Washington: American Psychological Association.
- Margolin, G., y Gordis, E. B. (2000). The effects of family and community violence on children. *Annual Review of Psychology*, *51*, 445-479.
- Margolin, G., y Vickerman, K. (2007). Posttraumatic stress in children and adolescents exposed to family violence: I. Overview and issues. *Professional Psychology: Research and Practice*, 38 (6), 613-619.
- McCloskey. L. A., y Walker, M. (2000). Posttraumatic stress in children exposed to family violence and single-event trauma. *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 39, 108-115.
- McDonald, R., y Jouriles, E. N. (1991). Marital aggression and child behavior problems: Research findings, mechanisms, and intervention strategies. *The Behavior Therapists*, *14*, 189-192.
- McGee, C. (2000). *Childhood experiences of domestic violence*. Philadelphia, PA: Jessica Kingsley.

- Medina, J. J. (2002). Violencia contra la mujer en la pareja: investigación comparada y situación en España. Valencia: Tirant Monografías.
- Moffit., T. E. y Caspi, A. (1998). Annotation: Implications of Violence between intimate partners for child psychologists and psychiatrists. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 39, 137-144.
- Mohr, W. K. y Fantuzzo, J. W. (2000). The neglect variable of physiology in domestic violence. En R. A. Geffner, P. A. Jaffe y M. Sudermann (Eds.), *Children exposed to domestic violence. Current issues in research, intervention, prevention and policy development* (pp. 69-84). Nueva York: The Haworth Maltreatment y Trauma Press.
- National Research Council (1993). *Understanding Child Abuse and Neglect*.

 Washington, DC: National Academy Press.
- Olaya, B., Tarragona, M. J., De la Osa, N., y Ezpeleta, L. (2008). Protocolo de evaluación de niños y adolescentes víctimas de violencia doméstica. *Papeles del Psicólogo*, 29, 123-129.
- Ornduff, S., y Monahan, K. (1999). Children's understanding of parental violence.

 Child and Youth Care Forum, 28, 351-364.
- Osofsky, J. D. (1999). The impact of violence on children. *The Future of children*, 9, 33-49.
- Pedreira, J. L. (2003). La infancia en la familia con violencia: factores de riesgo y contenidos psicopatológicos. *Psiquiatría.com*, 7 (4).

- Perry, B. D. (1997). Incubated in terror: neurodevelopmental factors in the "cycle of violence". En J. D. Osofsky (Ed.), *Children in a violent society* (pp.124-149).Nueva York: The Guilford Press.
- Ravetllat, I. (2007). Efectos de la violencia de género en la infancia. En M. R. Rivas, y G. L. Barrios (Dirs.), *Violencia de género. Perspectiva multidisciplinar y práctica forense* (pp. 747-761). Madrid: Aranzadi.
- Renner, L. M. y Slack, K. S. (2006). Intimate partner violence and child maltreatment:

 Understanding intra and intergenerational connections. *Child Abuse and Neglect*,

 30, 599-617.
- Rossman, B. B., y Rosenberg, M. S. (1992). Family stress and functioning in children.

 The moderating effects of children's beliefs about their control over parental conflict. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 4, 699-715.
- Rossman, B.B. (1998). Descartes' error and posttraumatic stress disorder: cognition and emotion in children who are exposed to parental violence. En G. W. Holden, R. Geffner, y E. N. Jouriles (Eds), *Children exposed to marital violence* (pp. 223-256). Washington, DC: American Psychological Association.
- Salas, L. M. (2005) (Visitado 2008, Julio 23). Transmisión intergeneracional de la violencia familiar. *Desarrollo y Sociedad*, 285-337. [Documento WWW]

 URL

 http://economia.uniandes.edu.co/investigaciones_y_publicaciones/cede/p

 ublicaciones/revista desarrollo y sociedad/ediciones/revista desarrollo

 y sociedad no 56/transmision intergeneracional de la violencia intraf

 amiliar evidencia para las familias colombianas].

- Seijo, D. Fariña, F., y Arce, R. (2009). La violencia doméstica: Repercusiones en los hijos. En F. Fariña, R. Arce, y G. Buela-Casal (Eds.), *Violencia de género. Tratado psicológico y legal* (pp. 119-133). Madrid: Biblioteca Nueva. **ISBN: 978-84-9742-941-2**.
- Sani, A. I. (2002). As crianças e a violencia. Reprensentações de crianças vítimas e testemunhas de crime. Coimbra: Quarteto Editora
- Sani, A. I. (2007). Las consecuencias de la violencia interparental en la infancia. En R. Arce, F. Fariña, E. Alfaro, C. Civera, y F. Tortosa (Eds.), *Psicología jurídica*. *Violencia y víctimas* (pp. 13-21). Valencia: Diputació de València.
- Sepúlveda, A. (2006). (Visitado 2008, Julio 23). La Violencia de Género como causa de Maltrato Infantil. *Cuadernos de Medicina Forense*. intergeneracional de la violencia familiar. *Desarrollo y Sociedad*, 285-337. [Documento WWW]

 URL

 http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1135-76062006000100011&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1135-7606].
- Siendones, R., Perea, E., Arjona, J. L., Aguera, C., Rubio, A. y Molina, M. (2002).

 Violencia doméstica y profesionales sanitarios: Conocimientos, opiniones y barreras para la infradetección. *Emergencias*, *14*, 224-232.
- Singer, M. I., Miller, D. B., Guo, S., Slovak, K. y Frierson, T. (1998). *The mental health consequences of children's exposure to violence*. Cleveland, OH: Cayahoga County Community Mental Health Research Institute, Mandel School of Applied Social Sciences, Case Western Reserve University
- Spaccarelli, S., Coatsworth, J. D. y Bowden, B. S. (1995). Exposure to serious family violence among incarcerated boys: Its association with violent offending and potential mediating variables. *Violence and Victims*, 10, 163-182.

- Sroufe, L. A. y Fleeson, J. (1988). The coherent of family relationships. En R. A. Hinde y S. Hinde (Eds.), *Relationships within familias: mutual influence*. Oxford: Oxford Scientific Publications.
- Sternberg, K. J., Baradaran, L.P., Abbott, C. B., Lamb, M. E. y Guterman, E. (2006).

 Type of violence, age, and gender differences in the effects of family violence children's behaviour problems: A mega-analysis. *Developmental Review*, 26, 89-112.
- Sudermann, M. y Jaffe, P. (1999). A handbook for health and social service providers and educators on children exposed to woman abuse/family violence. The National Clearinghouse on Family Violence. Canada: Minister of Public Works and Government Services Canada.
- Tjaden, P. y Thoennes, N. (2000) (Visitado 2006, Diciembre 9). Extent, nature, and consequences of intimate partner violence: Finding from the Nacional violence against woman survey. Washington, D.C.: US Department of Justice. intergeneracional de la violencia familiar. *Desarrollo y Sociedad*, 285-337. [Documento WWW] URL http://www.ncjrs.gou/pdffiles1/nij/181867.pdf.
- Tolman, R. M. y Edelson, J. L. (1995). Intervention of men who batter: a review of research. En S. M. Stith, y M.A. Straus (Eds.), *Understanding partner violence* (pp. 262-273). Minneapolis, MN: Nacional Council on Family Relations.
- Vaccarezza, L. (2007). Sobre las secuelas de los malos tratos. En M. R. Rivas, y G. L. Barrios (Dirs.), *Violencia de género. Perspectiva multidisciplinar y práctica forense* (pp. 161-173). Madrid: Aranzadi.

- Seijo, D. Fariña, F., y Arce, R. (2009). La violencia doméstica: Repercusiones en los hijos. En F. Fariña, R. Arce, y G. Buela-Casal (Eds.), *Violencia de género. Tratado psicológico y legal* (pp. 119-133). Madrid: Biblioteca Nueva. **ISBN: 978-84-9742-941-2**.
- Walker, L. E., y Browne, A. (1985). Gender and victimization by inmates. *Journal of Personality*, 53, 179-195.
- Wolfe, D. A. (1997). Children exposed to marital violence. En O. W. Barnett, C. L.Millard-Perrin, y R. D. Perrin (Eds.), *Family violence across life-span: An introduction* (pp. 133-158). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Wolfe, D. A., Crooks, C., Lee, V., McIntyre-Smith, A. y Saffe, P. (2003). The effects of exposure to domestic violence: A meta-analysis and critique. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 6, 171-187.
- Wolfe, D. A., Jaffe, P., Wilson, S. K. y Zak, L. (1985). Children of battered women:

 The relation of child behavior to family violence and maternal stress. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 657-665.

Seijo, D. Fariña, F., y Arce, R. (2009). La violencia doméstica: Repercusiones en los hijos. En F. Fariña, R. Arce, y G. Buela-Casal (Eds.), *Violencia de género. Tratado psicológico y legal* (pp. 119-133). Madrid: Biblioteca Nueva. **ISBN: 978-84-9742-941-2**.